

## CAPITULO XI

### La toma de Granada

Alentado Walker por el visible interés que en sus planes tenían los directivos de la Compañía Accesorias del Tránsito, resolvió asestar un golpe magistral, el que en verdad fue uno de los pocos de su carrera dignos de un verdadero general. Estando en Rivas el total de las fuerzas legitimistas, dedujo que Granada, unas treinta millas al Norte, estaría prácticamente indefensa. Pensó entonces que si se iba a la bahía de La Virgen y embarcaba a su tropa en uno de los vapores de la compañía, podría fácilmente acercarse a la capital legitimista y tomaría antes de que su pequeña guarnición advirtiera el movimiento. Así pues, el 11 de octubre se dirigió al puertecito lacustre de La Virgen en donde se apoderó del vapor La Virgen y a la tarde siguiente tenía ya a todos los filibusteros a bordo. Por la noche, con sus luces apagadas, el vapor cruzó frente a Granada y ancló tres millas al Norte de la ciudad donde desembarcó a la gente; a las tres de la mañana del 13 marcharon a pie sobre la capital legitimista. Con los primeros indicios de la mañana llegaron a las rondas y en cuestión de minutos la ciudad era suya. La pequeña guarnición, tomada de sorpresa, disparó unos cuantos tiros y echó a correr. Bien atrincherado en la capital del enemigo, Walker era prácticamente ya amo y señor de Nicaragua. Liberó a unos cien prisioneros políticos, muchos de los cuales cargaban cadenas, con lo cual se granjeó más aún la simpatía de los democráticos. Pero, por otro lado, el no permitir que los soldados saquearan la odiada ciudad ni que saciaran su venganza en prominentes legitimistas, provocó el enojo de muchos de sus parciales.

Al otro día, domingo, Walker y varios de sus oficiales asistieron a una misa de ocho y escucharon un sermón del Padre Agustín Vijil, quien exhortó a los fieles a conservar la paz y la concordia. Durante toda su campaña en la América Central Walker se esforzó siempre por mantener buenas relaciones con el clero, pues bien sabía cuánto pesaba su influencia en los países hispanoamericanos. Las historietas de profanación de templos propaladas por sus enemigos y respaldadas por historiadores antagónicos, son puros infundios. (1). Ese mismo día se reunió la municipalidad que en sesión plena aprobó la resolución de ofrecer la presidencia de la república a Walker. El, naturalmente, declinó el ofrecimiento por considerar que no podía aceptar lo que no tenían ellos derecho a dar, sugiriendo en cambio que se la ofrecieran a Ponciano Corral, General en Jefe de las fuerzas legitimistas con quien quería entrar en arreglos. (2).

Entre tanto, se interesó en buscar la manera de establecer la paz. A ese fin se envió una delegación a la ciudad de Rivas con el encargo de convencer a Corral de la conveniencia de poner término a las hostilidades. Mister John H. Wheeler, el ministro de Estados Unidos, habiendo aceptado también interponer sus buenos oficios, acompañó a los delegados. Corral se negó a negociar con los comisionados nicaragüenses, y Mr. Wheeler no sólo no pudo verse con el general, sino que fue objeto de muchos vejámenes. Mientras tanto, el líder legitimista escribió varias cartas a Walker manifestándole el deseo de entenderse personalmente con él, pero el jefe filibustero se hizo el desentendido.

Ciertos acontecimientos, sin embargo, obligaron a Corral a deponer su actitud. Cuatro días después de la toma de Granada, llegó a San Juan del Sur el vapor de San Francisco con Parker H. French y sesenta filibusteros. Uno de ellos era Birkett D. Fry, soldado de la guerra méxico-ameri-

(1) Véase, por ejemplo, **Central America**, Vol. III, nota a la Pág. 356, por Bancroft.

(2) Senate Ex. Doc. 68, 34 Cong. 1 Sess.

cana a quien French, con su característica torpeza, daba el grado de coronel sin autorización de Walker ni de nadie. French seguía siendo el megalómano de siempre. Dispuso en seguida salir para La Virgen, y lo hizo sin ningún tropiezo, aunque tuvo la suerte de librarse de una emboscada que bien pudo tenderle el enemigo acuartelado ahí no más en Rivas. Llegado a La Virgen embarcó a los filibusteros en un vapor para ir a tomarse el puerto y fortaleza de San Carlos que domina la embocadura del Río San Juan, desagadero del lago en el Atlántico. Salieron los filibusteros junto con los pasajeros; entre estos últimos había muchos niños y mujeres. Amagaron la fortaleza, pero viendo que no podrían rendirla con sólo el cañón de bronce que llevaban, pusieron proa hacia Granada. Después de desembarcar allí, el vapor regresó con sus pasajeros a La Virgen, puesto que hubiera sido tontería, después del intento de tomarse San Carlos, tratar de entrar en el río. Alojóse a los doscientos cincuenta pasajeros en los edificios de la compañía. En seguida llegaron los legitimistas atacándolos a tiros. Mataron e hirieron a varios; pasajeros neutrales y filibusteros hostiles eran casi lo mismo para ellos. A más de esto, cuando el otro vapor de la compañía hubo remontado el río con pasajeros procedentes de la costa atlántica de Estados Unidos y se acercaba a San Carlos, fue cañoneado; una mujer y un niño resultaron muertos. Esto motivó la suspensión temporal del tránsito a través del istmo, y para proteger a los pasajeros se les llevó a Granada. (1). French y Fry, en su deseo de destacarse, habían sido causantes de muertes y sufrimientos de mujeres y de niños, y encima de todo casi echan a perder los planes de Walker provocando el cierre de la ruta del Tránsito. Mas con todo, la situación de Walker era tal que no le permitía proceder contra ellos; hizo pues caso omiso de tan grande estupidez y más bien culpó a los legi-

(1) Del Comodoro Paulding al Secretario de Marina Dobbin, 21 de diciembre de 1855, y 22 de enero de 1856; Manuscritos de los Archivos del Departamento de Marina, Flota del Caribe I, Págs. 98, 116, 120, 121; del Ministro Wheeler al Secretario de Estado Marcy, 23 y 30 de octubre de 1855, Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Despachos, Nicaragua, II.; Senate Ex. Doc. 68, 34 Cong., 1 Sess., Págs. 22 - 32.

timistas, a quienes resolvió castigar en forma típicamente nicaragüense. Escogió a don Mateo Mayorga Quadra, Ministro de Relaciones exteriores capturado en la toma de Granada y quien tenía la casa del ministro Wheeler por cárcel, para vengar en él la muerte de los americanos. Era don Mateo el personaje legitimista de más relieve en poder de Walker, y lo mandó fusilar en la plaza mayor al amanecer del 22. Para ejecutar tan repugnante exceso fue escogido un pelotón de soldados leoneses que parecían gozosos de verse ante la oportunidad de derramar sangre granadina. Walker actuaba como discípulo aventajado en el arte de gobernar al uso hispanoamericano.

De Granada se envió un residente francés a donde Corral, quien se hallaba en Masaya, con la noticia y las razones del por qué de la ejecución de Mayorga, notificándosele además que Walker tenía en rehén a destacadas familias granadinas que responderían por los desafueros que en adelante cometiesen los legitimistas. Esto surtió el efecto deseado. Los familiares de la mayoría de los oficiales de Corral eran granadinos; todos ellos comenzaron entonces a hablar de paz. El 23 por la mañana los dos jefes se abocaron en Granada donde firmaron un convenio de paz entre legitimistas y democráticos; también se convino en crear un gobierno provisional en que estarían representados ambos partidos. (1). Nombróse presidente provisorio a don Patricio Rivas, hombre de edad madura y de tendencia legitimista grato a todos por sus moderadas ideas políticas. Corral quedó de ministro de guerra, y Walker de general en jefe del ejército de la república. Suprimieronse el emblema blanco de los legitimistas y el rojo de los democráticos; en su lugar todas las tropas llevarían en adelante sólo una cinta azul con este lema: "Nicaragua Independiente". (2).

- 
- (1) Véase el texto de este convenio en Senate Ex. Doc. 68, 34 Cong., 1 Sess.  
(2) De Wheeler a Marcy, 30 de Oct. de 1855, Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos, Despachos, Nicaragua II; *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 125 - 135, por Walker; *Walker's Expedition*, Págs. 77 - 82, por Wells.

Vemos aquí otra prueba de la rápida adaptación de Walker a los métodos políticos de su patria adoptiva. El y su adversario en el campo de batalla negociaron al margen de los gobiernos a los cuales servían, y se unieron a fin de encontrar un tercero en discordia que tomara el lugar de tales gobiernos. Ni Corral ni Walker tenían derecho a crear un nuevo gobierno ni tampoco a poner presidente, pero Walker dice en su libro que actuó en su carácter de general en jefe cuyo actos quedaban sujetos a la ratificación de su gobierno. Y todo fue ratificado pero no legalmente sancionado. El nuevo gobierno presidido por el señor Rivas era, por tanto, producto de una revolución, como también lo habían sido los dos recién suplantados, ya que debía su existencia únicamente a la fuerza de las armas. Y puesto que la guerra no había dado la supremacía a ninguno de los partidos, no podía establecerse la legitimidad de ninguno de los dos gobiernos preexistentes. Si el partido de Walker hubiera triunfado a la redonda, el nuevo gobierno, para ser legal habría tenido que instaurarse con arreglo a la constitución de 1838. Y si los triunfadores hubieran sido los legitimistas, el nuevo gobierno habría sido legal sólo ajustándose a la constitución de 1854. Pero como ninguna de estas cosas ocurrió, el convenio Corral-Walker no pasó de ser una componenda revolucionaria, ni más ni menos.

Fue Corral quien propuso y redactó el convenio. Lo envolvió en fraseología religiosa. El texto entero, salva por una sola cláusula referente a la naturalización de los americanos propuesta por Walker, fue producto de su cabeza únicamente. Una semana después, arrodillados ambos en la catedral ante un crucifijo, juraban, puestas sus manos sobre los Santos Evangelios cumplir fielmente las estipulaciones del convenio. Pero en esos mismos instante la mente de Corral empollaba el rencor. El 25, firmado ya el documento, volvió a su cuartel general de Masaya e hizo los preparativos para entrar con sus fuerzas en Granada. Había salido de la ciudad en la creencia de que Walker licenciaría las tropas leonesas, pero cuando el 29 regresó a ella se en-

contró con que el líder filibustero, como si temiera una traición tenía en la plaza a todas sus tropas en orden de batalla. Esto, por sí solo, habría sido suficiente motivo de disgusto, si él no viniera ya fermentando designios de doblez; pero el ver juntos en formación a leoneses y filibusteros le enfureció. Sin embargo, refrenando sus pasiones se abrazó con Walker en el centro de la plaza, y luego los dos, del brazo y seguidos de sus oficiales, entraron en la iglesia donde se cantó un **Te Deum**. Al día siguiente, como ya se dijo, prestaron juramento. Corral de seguro esperaba, aparentando estar de muy buenas con Walker, suscitar en los leoneses animosidad contra el líder filibustero, pensando que ellos no considerarían aliado suyo a nadie que intimase con el enemigo común. Corral detestaba diez veces más a los demócratas que a los americanos, y procuraba servirse de éstos para librarse de aquéllos. El nuevo gabinete quedó definitivamente formado al día siguiente de la jura. No había en Granada ningún demócrata con suficientes capacidades para desempeñar un ministerio, pero ese día llegó de León el General Máximo Jerez, jefe del partido, con la noticia de que el gobierno de León había ratificado el convenio del 23, en virtud de lo cual desaparecía aquel gobierno. Walker en el acto presionó para que se diera a Jerez el más alto cargo del gabinete aún vacante, que era el ministerio de relaciones exteriores, manifestando que puesto que el jefe militar de uno de los partidos era ministro de guerra, justo sería que también el otro partido tuviera un representante con destacado cargo en el gobierno. Corral se opuso con fuerza, pero la opinión de Walker pareció racional al Presidente Rivas, y prevaleció. La copa de la amargura del jefe legitimista se había llenado hasta el borde, y al siguiente día, fresco aún en sus labios el juramento de fidelidad, escribió una carta a Guardiola, en Tegucigalpa: "Es necesario que usted escriba a los amigos advirtiéndoles el peligro en que estamos y que trabajen con actividad. Si se dilatan dos meses ya no habrá tiempo. Piense en nosotros y en sus ofrecimientos".

“Salude a la señora y mande a su amigo que verdaderamente lo estima y besa sus manos”.

(f.) P. Corral

“Adición: Nicaragua se verá perdida, perdida Honduras, El Salvador y Guatemala también si dejan que esto tome cuerpo; vengan pronto si quieren hallar auxiliares”.

Y en iguales términos escribió a don Pedro Xatruch, militar hondureño de prestigio. Cayeron ambas cartas en manos de Walker por haber sido confiadas en Managua a un prisionero democrático a quien se puso en libertad bajo condición de llevarlas a la frontera hondureña. El prisionero, ardidado por el maltrato que había sufrido a manos de los legitimistas, y sospechando que la extraordinaria condición impuesta para obtener su libertad involucraba algo grave, llevó las cartas a Granada y las entregó a Valle, aquel indio adicto a Walker. El general en jefe, en presencia de su autor, mostró las cartas al gabinete en pleno. Corral admitió su responsabilidad. En vista de que no se habían creado todavía tribunales civiles, el militar legitimista fue juzgado en consejo de guerra, cuyos miembros fueron todos americanos a petición del propio Corral. (1). Se le encontró culpable de traición y sedición, y fue condenado a muerte; pero los miembros del consejo, por unanimidad, lo recomendaron a la clemencia del general en jefe. Walker tenía ante sí tres caminos para escoger: primero, desterrar al prisionero que luego podría aglutinar a los nicaragüenses descontentos que vivían en el exterior para volver al país a perturbar la paz; segundo, encarcelarlo y provocar con ello complots destinados a libertarlo para ponerlo al frente de la lucha contra el gobierno; y, tercero, ejecutar la sentencia de muerte, para horror de los legitimistas y suscitar su resentimiento de manera pasajera o tal vez permanente, pero librando al gobierno por lo menos de un enemigo peligroso. Tras de pensarlo

(1) Hornsby actuó de presidente del consejo, Fry de fiscal, y French fue defensor del acusado.

bien resolvió Walker, a pesar de todos los ruegos, tomar este último camino. Corral era inmensamente popular en Granada, y gozaba de simpatía casi universal. Pero Walker había llegado a la conclusión de que con gente como la nicaragüense el gobierno no podía andarse con puños tibios. La subsecuente historia de esa y otras repúblicas vecinas ha demostrado hasta la saciedad que para mantener la paz y la tranquilidad en esa región es necesario el puño de hierro, y también ha justificado la cordura de la política de Walker. Así fue pues que a medio día del 8 de noviembre fue fusilado Corral, ídolo de los legitimistas. Sus simpatizadores, naturalmente, hicieron de él un mártir, y llegándose a su cuerpo caído pero palpitante aún le cortaron mechones de cabello; hubo hasta quienes empaparon pañuelos en su sangre. (1).

Al destruir Walker a un enemigo grande se hizo de miles de pequeños. Este episodio es típico de su anecdotario en Nicaragua. Y no solamente creaba nuevos opositores destruyendo otros viejos, sino que cuandoquiera que ganaba un amigo por lo general se hacía también de un nuevo enemigo. En el curso de esta obra se verá esa realidad. No podía inclinarse a una facción política de Nicaragua sin malquistarse con la otra. Si el pueblo americano veía su causa con simpatía los ingleses lo observaban con sospecha. Consiguió ayuda de los estados del Sur a costa de contrariar a sus amigos del Norte. Al ganarse el apoyo de un grupo de capitalistas americanos incurrió en la ira de un prepotente empresario que juró acabar con él. Cosas eran éstas contra las cuales nada podía hacer el líder filibustero. A falta de una explicación mejor, digamos que eran decretos del destino.

El cargo de ministro de la guerra que desempeñaba Corral recayó en un recalcitrante demócrata, Buenaventura Selva, con lo cual quedó destruida la balanza del poder entre las facciones antagónicas. Esto, por supuesto acentuó el des-

(1) Walker en Centro América, Págs. 141 - 46, por Montúfar; La Guerra de Nicaragua, Págs. 135 - 40, por Walker.

contento de los legitimistas. Todas sus tropas, las que entraron a Granada con Corral, habían sido licenciadas el 4, la víspera de descubrir Walker la traición. También había sido licenciada la mayor parte de las fuerzas democráticas, quedando sólo la Falange para el servicio militar del gobierno provisional. Walker era, por tanto, como general en jefe, el verdadero director del estado, ya que vista la angustiosa situación en que se debatía Nicaragua, la fuerza de las armas era la única base de toda autoridad. Grandes cambios se habían efectuado en el curso de dos semanas, pero al actuar con tal premura Walker dio muestras de una lamentable falta de respeto por las costumbres y susceptibilidades de un pueblo sumamente emotivo. No previó que la reacción contra tan rápida mudanza sería inevitable. Tal vez la sensación del peligro inmediato que pareció anunciarle el corazón desde el primer momento de su entrada en la plaza fuerte del legitimismo, le impidió pensar en el mañana y le obligó a ocuparse únicamente de la seguridad del momento.

A pesar de parecer que la estrella de Walker se abriantaba, su situación era en verdad crítica, y el convenio del 23 de octubre no la había mejorado. La paz había hecho volver a Granada gran número de sus inquietos vecinos contra quienes él había peleado sin lograr someterlos; y un solo disparo pudo haber provocado un estallido de violencias capaz de exterminar al puñado de americanos.

Dos acontecimientos, no obstante, parecían augurar un futuro venturoso para el régimen filibustero. McDonald, el agente de Garrison, se había ido tras de Walker a Granada, y le demostró ser amigo en las duras, ofreciéndole ayuda económica al nuevo gobierno. Debido a las perennes revoluciones las arcas del tesoro nicaragüense estaban vacías (si es que no lo estuvieron siempre así) y ningún gobierno en bancarrota puede hacerse respetar en su propia casa y en la vecina menos. Al principio Walker dudaba que McDonald tuviera suficientes poderes para hacer efectivo el ofrecimiento de Garrison, como era anticiparle a buena cuenta veinte

mil dólares. Quizá le pareció que no podría ser verdad tanta belleza. McDonald mostró a Walker un poder, como abogado de Garrison, embozado en terminología vaga, que lo autorizaba para actuar como su agente general en Nicaragua; pero el general en jefe, con cautela de abogado, no se convenció hasta haber hablado con Gilman respecto de las relaciones personales existentes entre el funcionario de la Compañía del Tránsito y su agente. Convencido al fin de la autenticidad de los poderes de McDonald, Walker aceptó la oferta. El dinero le fue inmediatamente entregado, tomando McDonald esa cantidad de un cargamento de oro procedente de California. Libró a los propietarios del oro letras de cambio contra Charles Morgan, gerente de la Compañía del Tránsito en Nueva York, por el valor de la cantidad tomada, y las letras fueron aceptadas. Este gesto demostró que los gerentes de la Compañía del Tránsito en Nueva York y San Francisco confiaban en que Walker podría promover sus intereses, porque de otro modo, es decir por pura largueza, jamás le hubieran concedido un anticipo de veinte mil dólares. El préstamo estaba garantizado, puesto que el gobierno de Nicaragua se comprometió a amortizarlo con los pagos anuales que la compañía hacía al estado a cuenta de la concesión de la ruta del Tránsito. (1).

Otro suceso al parecer favorable fue el reconocimiento que el 10 de noviembre otorgó el Ministro de Estados Unidos John H. Wheeler al nuevo gobierno. Sin embargo, dos días antes de esto el Secretario de Estado Marcy había enviado instrucciones a Wheeler de abstenerse de todo trato con el nuevo régimen hasta que de manera indiscutible demostrase ser un gobierno **de facto**. El proceder de Wheeler fue, por tanto, apresurado y contrario a las órdenes que habría de recibir después. Cuando a Washington llegó el informe del ministro sobre el reconocimiento que había extendido, el Departamento de Estado lo desautorizó y lo reprendió. (2). Lo

[1] *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 124 - 5, por Walker.

[2] Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos, Estados Americanos, Instrucciones, XV, Pág. 251; House Ex. Doc. 103, 34 Cong., 1 Sess., Págs. 35, 39, 51.

que acaso salvó a Wheeler de la destitución fue la vigorosa defensa que de él hizo el Secretario de la Marina John C. Dobbin. Ambos eran originarios de Carolina del Norte. Allí por dos años había luchado Dobbin la senaduría contra Romulus M. Saunders, y durante la prolongada estancación tuvo el apoyo de Wheeler, quien por entonces era miembro de la cámara legislativa del estado. Dobbin estaba ahora en condiciones de saldar la deuda, y en ésta como en otras ocasiones intercedió por el ministro ante su inmediato jefe superior cuando la paciencia de éste se consumía viendo la mal disimulada amistad que Wheeler mantenía con su paisano el filibustero. (1).

En los meses de octubre y noviembre de 1855 Granada vivió muchas nuevas experiencias. Durante un cuarto de siglo había sido foco de tormentas políticas, de tal suerte que los somatenes y las guerras no hacían ya pero ni cosquillas a los granadinos; habían visto la plaza mayor de la ciudad frecuentemente atrincherada por sus defensores y cañoneada por sus enemigos. Ahora, en cambio, parecía que la paz reinaba suprema en la ciudad. No patrullaban sus calles los morenos soldados con sucios pantalones reman-gados hasta las rodillas, ni se veían oficiales siempre alertas para evitar las deserciones del aborrecido servicio militar. Hombres de mayor estatura, más blancos y espesa-

(1) John H. Wheeler nació en Murfreesboro, Carolina del Norte, el 2 de agosto de 1806. Fue representante de la cámara legislativa estatal de 1827 a 1830; perdió la elección como candidato al Congreso en 1830, y fue miembro de la junta de comisionados para determinar los reclamos franceses de expoliación en los años de 1831 - 34. De 1837 a 1841 desempeñó el cargo de superintendente de la casa de la moneda en Charlotte, Carolina del Norte, tesorero del estado de 1841 - 42, y otra vez miembro de la cámara legislativa estatal en 1852. En 1854 fue nombrado ministro en Nicaragua, y cuando fue destituido pasó a vivir a Washington hasta el estallido de la guerra civil. Los años de 1863 - 65 se los pasó en Europa recolectando material para escribir la historia de Carolina del Norte. Ya en 1851 había publicado una historia de su estado natal, pero proyectaba hacer una nueva edición aumentada; su mala salud retrasó el trabajo y no pudo terminarla. Se dedicó con empeño a compilar recortes de periódicos. En la Biblioteca del Congreso, en Washington, hay unos veinte volúmenes de éstos, cuatro de ellos tratan de las actividades de Walker en Nicaragua. Un recorte de uno de éstos indica que también pensaba escribir una historia del movimiento filibustero. **Biographical History of North Carolina**. Vol., III, Pág. 472, por Ashe.

mente barbados, con sombreros de fieltro de anchas alas, camisa de franela azul, y pantalones de pana o de tela asargada metidos los ruedos en botas altas y pesadas, con un par de revólveres y un cuchillo de monte al cinto más un rifle sobre el hombro derecho, eran ahora dueños de Granada. Parecía que una nueva civilización estuviera a punto de injertarse en aquella más vieja y decadente. Seis días después de la toma de la ciudad llegó Fry con sesenta filibusteros. Tres de ellos, aficionados a la música, se hicieron de un pito y dos tambores para a la hora del crepúsculo desfilan por la plaza tocando aires extraños a los oídos granadinos. En pos de la murga llegaron los americanos frente al cuartel de su líder a serenearlo con sones como el "Yankee Doodle" y el "Hail Columbia!" Terminada la música se oyeron gritos de ¡Coronel Walker, ¡Coronel Walker!. Y apareció el "coronel". En tales ocasiones el discurso es de rigor. "Compatriotas y soldados", dijo, "tal vez sea esta la primera vez que se oye música americana en la plaza de Granada; ojalá que también la oigan las futuras generaciones". (1). Y así se vio transplantada al corazón de la América Central una pequeña escena común en la gran república del Norte. Raro ha de ser en Estados Unidos el pueblito en donde ayer u hoy no se haya serenado a un distinguido ciudadano pidiéndole luego hablar.

Al día siguiente, a la semana exacta de la toma de Granada, apareció otra innovación americana en forma de un periódico impreso en inglés y español. Era semanario y se titulaba **El Nicaragüense**; salía los sábados. Costaba la suscripción diez dólares al año, y el ejemplar se vendía a veinticinco centavos, pagados, probablemente, en vales nicaragüenses. El primer número contiene una relación de las peripecias de Walker desde su salida de San Francisco hasta la toma de Granada. En dos columnas, escritas claro está para los lectores de Estados Unidos, se enumeran los recursos naturales de Nicaragua. En el segundo vienen no-

[1] **El Nicaragüense**, 20 de octubre de 1855.

ticias de la guerra de Crimea. (+). El del 8 de diciembre trae en la primera página un poema de amor y da cuenta del nacimiento de un niño americano a quien bautizaron con el nombre de William Walker Wallace. El hombre que en tan corto tiempo era capaz de poner en servicio un medio de civilización tan fundamental como es la imprenta tenía que ser algo más que un simple bandido o depredador, como a veces ha sido tildado. (1).

El periódico de Walker fue el primero en llamarle "El Predestinado de los Ojos Grises", según se le nombró después a cada paso. En 1850 el misionero inglés Frederick Crowe publicó su libro **The Gospel in Central America**. En él reseña una vieja tradición de los indios nicaragüenses referente a la creencia de que un día serían liberados de la opresión española por "un hombre de ojos grises". **El Nicaragüense** del 8 de diciembre revive la tradición, y añade: "Si quisiéramos creer que la raza de los profetas no murió con Isaías. (¿y por qué habría de morir?) diríamos que esta profecía se ha cumplido al pie de la letra. "El Predestinado de los Ojos Grises" está aquí. Y no llegó como un Atila o un Guardiolo, sino como amigo de los oprimidos y protector de los mansos y desvalidos. Los indios creen que la profecía se ha cumplido, porque la semana pasada vimos en Granada a una delegación de ellos, los que por cierto rara vez visitan la ciudad, venida a saludar al General Walker. Les encantó la cordialidad con que él los recibió, y le manifestaron su sincero agradecimiento por haberlos liberado de la opresión, así como por la tranquilidad de que ahora disfruta el país. Dejaron a sus pies como ofrenda frutas y víveres de sus huertas y lo ensalzaron como "el hombre de los ojos grises" tan larga y ansiosamente esperado por sus antepasados". Así es como la única impresionante característica física del líder filibustero habría de servir como prueba de que

(+) Guerra que duró de 1854 a 1856 por el dominio de la Europa sudoriental. Inglaterra, Francia, Turquía y el reino de Cerdeña derrotaron a Rusia. (N. del T.).

(1) En el Departamento de Estado, en Washington, existe una colección incompleta de **El Nicaragüense**; están en ella la mayor parte de los números que van del 20 de octubre de 1855 al 9 de agosto de 1856.

su presencia en Nicaragua era el cumplimiento de una profecía. "El Predestinado de los Ojos Grises" fue doble y triplemente magnificado por un agente de publicidad de muy frondosa imaginación.

En el interín las cosas no le habían salido bien a Kinney en San Juan del Norte, así decidió establecer, de serle posible, una especie de alianza defensiva y ofensiva con Walker. En consecuencia, salieron para Granada Joseph Fabens y un Capitán Swift acompañados de unos veinte simpatizadores que llegaron a la ciudad al día siguiente del fusilamiento de Corral. Walker los recibió con deferencia, y después de muchos cumplidos los "embajadores" se desabrocharon sacando a luz el objeto de su misión que era crear, en beneficio mutuo, una liga entre los dos aventureros. Walker les respondió sin ambages: "Díganle al Gobernador Kinney, Coronel Kinney, Míster Kinney, o como quiera autotitularse, que tenga por seguro que si logro echarle mano en suelo nicaragüense, lo cuelgo". Los espectros de Corral y de Mayorga deben haber desfilado ante la amedrentada imaginación de los "embajadores"; y pensando que nada saludable sería regresar a San Juan del Norte con el cuento, resolvieron allí mismo dejar a Kinney y sentar plaza bajo la estrella ascendente de Walker. (1). **El Nicaragüense** emprendió al punto una campaña de burlas contra el gobernador de San Juan del Norte, a quien desdeñosamente llamaba "el finquero Kinney". Dos razones tenía Walker para combatirlo. En primer lugar, el gobierno de Nicaragua jamás había reconocido la existencia legal del reino miskito, base de los reclamos de Kinney; en segundo, Walker contaba con el favor de la Compañía Accesoría del Tránsito, en tanto que Kinney y ella vivían lanzándose mutuamente terribles amenazas.

No obstante la deserción de Fabens, Swift, y de muchos más de sus seguidores, Kinney se encaprichó en permanecer en San Juan del Norte para seguir reclamando desde allí su

[1] Libro de recortes de Wheeler, Vol. 5, Pág. 59; *Herald*, de Nueva York, 30 de enero de 1856.

pretendido derecho a las tierras donadas por el rey miskito a Shepherd y Haly. El 8 de febrero de 1856, el presidente provisorio don Patricio Rivas, emitió un decreto, a instancias de Walker, proclamando incontestable el derecho de Nicaragua a la Mosquitía, y nulo y de ningún valor el reclamo de Kinney que era además un atentado contra la integridad de la América Central. (1). Dado que algunos de los hombres de Walker eran amigos de Kinney, trataron de interponer sus buenos oficios a fin de que ambos ajustaran un arreglo. Carlos Thomas, Ministro de Hacienda de Walker, y el Coronel Fisher, mencionado ya, fueron a San Juan del Norte a hablar con Kinney para pedirle que visitara a Walker, garantizándole la vida con la suya propia. Kinney consideró esto prácticamente una invitación oficial, de manera que sin previo aviso se presentó el 11 de febrero en Granada tres días después ¡cosas del destino! de haberse emitido el citado decreto. Kinney, quien esperaba encontrar a un Walker bien dispuesto a entenderse con él, se sorprendió grandemente al darse cuenta de cómo andaban en realidad las cosas. De igual modo se sorprendió Walker al ver llegar a Kinney, pero lo recibió cumplidamente, tal vez pensando que el hombre llegaba, igual que Fabens, dispuesto a capitular. El gobernador de San Juan del Norte ofreció reconocer la autoridad militar de Walker sobre el reino miskito a cambio de que el jefe de la Falange reconociera al gobierno civil de Kinney. Esto equivalía a proponer a Walker que sus fuerzas apoyaran las pretensiones de Kinney sin recibir ninguna compensación. El general en jefe citó el reciente decreto al efecto de que el territorio era parte integrante de Nicaragua. Kinney objetó que él había comprado esas tierras; que ya se habían invertido cien mil dólares en proyectos de colonización, y que no entregaría su propiedad hasta que por vías judiciales se estableciera la ilegalidad o legalidad de sus títulos. Walker replicó que al gobierno nicaragüense competía resolverlo, y preguntó a Kinney qué servicios podría prestarle al Presidente Rivas. El interpelado contestó que podía traer gran nú-

(1) **Herald**, Nueva York, con fecha 20 de febrero de 1856 contiene el decreto aparecido el 16 de febrero en **El Nicaragüense**.

mero de inmigrantes, obtener un empréstito y ejercer su influencia política para hacer que Estados Unidos reconociera al nuevo gobierno nicaragüense. Ambos se despidieron conviniendo en que al día siguiente seguirían hablando sobre la cuestión. Pero, antes de volver a verse, Kinney cometió un error garrafal. En plática con Rivas y algunos miembros del gabinete ante quienes expuso sus planes, indicó, según se dijo, que un colono valía por cinco soldados, y que, en cambio, un ejército desproporcionado como el que Walker estaba organizando, consumiría la hacienda pública. Lenguas que nunca faltan fueron con el cuento a Walker, y cuando Kinney llegó a verlo para conocer su decisión referente a la propuesta del día anterior, fue recibido con frialdad. El general en jefe le dijo que no quería tener ninguna relación con él, pues se había expresado irrespetuosamente al hablar de cuestiones tocantes al gobierno, y añadió al salir de la sala en donde hablaban, que había ordenado su arresto. Kinney fue en seguida detenido bajo cargo de traición, y Walker hubiera sin duda puesto en ejecución su amenaza de colgarlo si no fuera que le dicen en qué circunstancias había llegado a Granada. Gracias a eso se le puso en libertad enviándosele de vuelta a San Juan del Norte bajo guarda armada. Walker le extendió salvoconducto redactado en forma vejatoria. (1).

Sólo la última frase difiere de la forma corriente de los salvoconductos.

Como la mayoría de los actos de Walker, la grosería cometida con Kinney le hizo de más enemigos que de amigos. Entre políticos americanos influyentes tenía Kinney muchos incondicionales, y a éstos cayó muy mal el proceder de Walker; dícese que hasta el mismo Presidente Pierce fue de igual

(1) El *Herald*, de Nueva York, publicó lo que se dijo ser copia fiel: "Permítase a Mr. Theo J. Martin pasar libremente de este lugar a San Juan del Norte. Ninguna autoridad podrá detenerlo en su camino.

Mr. H. L. Kinney va hasta San Juan bajo custodia de Mr. Martin".  
"William Walker  
General en Jefe del  
Ejército de Nicaragua".

sentir. (1). El resto de la carrera de Kinney puede resumirse así: Por algunos meses más pudo vegetar en San Juan del Norte, pero al fin se echó a cuestras su título de gobernador y salió del puerto enfermo y sin un real. En 1857 logró interesar a unos mormones ingleses en la compra de su concesión, y un agente de ellos convino en adquirir la mitad de las tierras. Basado en esta transacción obtuvo un préstamo de ciertos comerciantes panameños. Con varios compañeros volvió a San Juan del Norte en donde desembarcó el 19 de abril de 1858. Intentaron tomar posesión del gobierno, pero fueron arrestados y reclusos en la prisión militar. El Capitán C. H. Kennedy, del barco de guerra americano **Jamesstown**, intercedió por ellos y los llevó a bordo de su nave después que solemnemente prometieron no volver a San Juan del Norte sino de manera pacífica. Kinney partió a Colón, en donde se embarcó a Estados Unidos. En el otoño regresó a Texas. Varios amigos suyos le metieron en la cabeza que lanzara su candidatura para gobernador. En 1861, en una reyerta ocurrida en Matamoros entre las facciones políticas de "rojos" y "crinolinos" en la que él tomaba parte, fue muerto a balazos. (2).

- (1) **Herald**, Nueva York, 29 de febrero de 1856; *With Walker in Nicaragua*, por Jamison, Pág. 126.  
 (2) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 305; **Herald**, de Nueva York, 31 de mayo de 1858; **British State Papers**, XLVIII, Págs. 661 - 2; **Harper's Weekly**, Vol. ii, Pág. 678 (23 de octubre de 1858); **Pictorial History of Texas**, Pág. 579, por Tharall.